

Son los supersticiosos  
Muy buena gente  
Pero nunca a la mesa  
Se sientan trece.

## De La Mascota

Quien conozca Costa Rica habrá notado que los camposantos están comúnmente a la salida de las poblaciones, de acuerdo con la higiene que es uno de los objetos de la policía. Cerca no hay casas de habitación, ora sea por miedo a las apariciones, ora por lo malsanos que pueden ser lugares en donde la putrefacción de los cadáveres satura el aire de partículas nocivas a la salud, y en donde se levantan por la noche fuegos fatuos que asustan a las gentes ignorantes suponiendo que son **hermanos**. La palabra hermano a más de las distintas significaciones que tiene en lo social, en lo masónico o en lo religioso, significaciones que nuestros lectores conocerán, tiene entre los campesinos la de muerto que sale de la tumba, ya en su forma natural, ya en su espíritu bajo la forma de una luz, por andar en pena a consecuencia de algún saldo en su contra que dejó al morir, hablando en términos penitenciales. Cuando el muerto o la aparición logra hablar con un valiente, descarga en aquél y se tiene llenado el déficit. A veces se verifica la aparición para decir dónde dejó el difunto un tesoro y entonces el hablado echa señas, helada como dicen los tahures.

Hablo por boca de ganso, es decir, explico lo que piensa el vulgo. Mis creencias me reservo.

En San José, (que no siempre había de ser en Cartago) vivió un médico extranjero, llamado don Salvador, sin duda por oposición al resultado de su oficio, pues el enfermo que no sanaba por su naturaleza fuerte, por su temperamento sano o por obra y gracia del Espíritu Santo, nada podía esperar de las recetas del Hipócrates.

Retratava a la clase; pero esto no era obstáculo para que don Salvador fuera honrado, de buenos sentimientos y bien quisto de todos los que le trataban.

Una vez a la madrugada le llamaron con repetidos y fuertes golpes dados en su puerta para ir a ver una enferma a Tres Ríos la cual desesperaba de un dolor de estómago.

Don Salvador saltó de la cama, se vistió y salió en compañía del solicitante. La mujer del trirrivense (la Academia y los críticos perdonen si no les gusta este derivado que Teño usa y sostendrá), la mujer del trirrivense, —decía—, era melindrosa y de puro melindre era que se quejaba, pues la enfermedad era levísima; pero el marido la adoraba y vino desde allá a buscar médico.

Don Salvador desesperaba de curar a la enferma, pues ella no quería tomarse un purgante que le recetó, y se estuvo allí todo el día insistiendo en su propósito, hasta que a la tarde, aburrido, dijo que se venía, que si no tomaba el purgante moriría la enferma y que vista esa resistencia llamaran al boticario.

El boticario fue llamado, el médico lo previno y aquél metió un olote, en la boca a la enferma y le introdujo el breva.

La enferma sanó de su dolor como por arte de encantamiento, el marido abrazó al boticario y se alegró de que no hubiese muerto su mujercita como lo había pronosticado el médico de cuya ciencia dudó por no haber sucedido a su mujer lo dicho por él.

Todo el día había hecho un

# Los hermanos

Marcos Teño - 1888

A Luis Flores

tiempo hermoso pero a la tarde se cargó de nubes la atmósfera, y el médico se despidió del boticario para venirse, ya anochecido, con la idea de que andando ligero llegaría a Curridabat y no se mojaría. Pero no fue así: al llegar al cementerio empezó a llover si Dios tenía qué y tuvo que resguardarse de la lluvia bajo la puerta del camposanto que, aunque estrecha, algo le cobijaba.

La noche era lóbrega, la lluvia fuerte y continua no llevaba trazas de cesar, y de repente después de tres o cuatro horas de esperar que cesara la lluvia,

oyó don Salvador en el silencio de la noche, el ruido sordo y monótono de pasos de animal, en cuya calificación no erró. Cabe sí se colocó un bulto, en el coberterizo de la puerta del cementerio, un bulto que se conocía ser del sexo feo o refeo del trirrivense, quien daba a conocer el miedo que le llenaba porque en vez de arrimarse se quedó con el cuerpo más bien fuera del coberterizo, de tal manera que don Salvador movido a compasión del hombre que se estaba poniendo como una sopa, quiso advertirle que se metiera más adentro; y, con la mejor voluntad del

mundo, le tocó en el hombro.

El hombre —que llamaremos Tirso para más claridad— apenas sintió la mano del médico, creyó que era la de un muerto, por una sacudida eléctrica y echó a correr como alma que lleva el diablo sin fijarse en que se iba a empapar más de lo que estaba.

Don Salvador notó al pavor de Tirso y temiendo por su razón no se fuera a trastornar con el susto, o que se regase en la villa que los muertos de su cementerio se salían y asustaban a los pasajeros, lo cual aterraría a aquellas sencillas gentes y no queriendo ser responsable de esa

alarma, echó a correr detrás de Tirso para detenerlo y sacarle de su error.

—Oye animal. Espera, no seas bobo.

Per: Tirso, cuanto más corría y gritaba don Salvador, más corría y gritaba él invocando en su auxilio a todos los santos de la corte del cielo, y santiguándose.

Tan ciegos iban Tirso, huyendo del muerto y don Salvador persiguiendo a Tirso que corriendo entre lodazales llegaron a un punto en que cansado Tirso cayó en un charco cuán largo era, ya casi al amanecer.

—No te asustes, hombre, dijo don Salvador, jadeante y fatigado como Tirso, yo fui quien te tocó en el hombre en la puerta del camposanto.

—¡Ca! no, señor, eran los hermanos, bien me acuerdo de todo.

Y por más que hizo el médico, y a pesar de la corrida, no pudo desengañar a Tirso de que no había hermanos,